

enteramente contraria á la que se habia seguido en Francia: de la gradual agrupacion de sus fuerzas, de la desaparicion de las diferencias políticas y de la centralizacion administrativa se pasó al progresivo desarrollo de los antagonismos sociales y al irresistible fraccionamiento político.

De este punto debia partir la historia para formular su juicio crítico sobre Enrique IV. Que al emperador pueden imputársele algunas faltas morales, ¿quién seria capaz de negarlo? Aun prescindiendo por completo de algunos puntos vulnerables de su conducta, sus mas acérrimos defensores no pueden absolverle de la acusacion de arbitrariedad despótica, de fogoso apasionamiento y de tenaz obstinacion. Pero preciso es confesar que si las buenas cualidades y las excelentes prendas del hijo de Enrique III y de la noble Inés de Poitou no se mostraron en todo su esplendor, fué en gran parte debido á las circunstancias anormales é impropias para producir un sano desenvolvimiento de que la juventud de Enrique se vió rodeada. Si se tienen en cuenta las influencias á las cuales estuvo sometido, no se extrañará que llegara á hacerse insensible, disimulado y desconfiado; pero la rígida escuela en que se educó hizo madurar tambien los buenos gérmenes que en él existian. Enrique IV era de carácter belicoso, tenaz en la desgracia y suficientemente elástico para doblegarse ante los rudos golpes de una suerte adversa, pero sin dejarse aniquilar por ella. Nadie podrá dejar de conmoverse en presencia de aquella década de luchas durante la cual Enrique defendió y supo mantener con indomable valor y en medio de las mas desfavorables circunstancias la causa de la monarquía alemana á su defensa confiada. Tenia profundidad de miras, inventiva y energía en la realizacion de sus planes y como general, si no supo conseguir grandes victorias, supo atraerse á sus soldados. Estas cualidades, sin embargo, al principio de su reinado fueron empleadas para fines muy distintos de los que persiguió en los últimos años. Las palabras del poeta, de que el hombre se cree cuanto mas grandes son los objetivos que se propone, se habian realizado por completo en la persona de Enrique IV.

El rey comenzó á gobernar como un déspota deseoso de destruir el orden de cosas existente y de crear un régimen absoluto que acabara con los derechos y libertades de que hasta aquella época habian gozado sus súbditos, y entonces los que se consideraron amenazados se unieron á la curia romana para hacer fracasar los planes del monarca y para debilitar y desprestigiar el imperio y la monarquía, sin comprender en su apasionamiento hasta qué punto labraban su propia ruina. Enrique prosiguió la lucha, que habia comenzado con cierto arrebato apasionado dándole un carácter personal, cada vez mas convencido de la importancia de una contienda en la cual se trataba de una cuestion de principios de gran trascendencia para el porvenir de Alemania. Su arribatado carácter juvenil encontró en esta lucha el centro regulador, aclarativo, moralizador y espiritualista de su política; y á medida que fué adquiriendo este convencimiento, fueron desapareciendo las sombras que sobre sus errores arrojaba el pasado y se convirtió en el representante de las esperanzas nacionales y de universales ideas. Entonces consiguió tener una nueva base de derecho y con ella una nueva situacion para su monarquía y para su persona que dió nueva solidez y nuevo valor á una y á otra. No puede afirmarse que Enrique se propusiera realizar un programa político trazado por él y por él con toda conciencia seguido. Paulatinamente y cuando en la lucha colosal contra los príncipes y contra el pontificado se trató de reconstruir el imperio sobre las ruinas del que habian fundado sus antecesores, realizó Enrique la evolucion que atrajo á su causa

á la gran masa del bajo ministerialismo, á la burguesía de las ciudades y á los labradores que abrazaron su partido para combatir á los príncipes y á la nobleza feudal. La monarquía, que se habia visto abandonada por sus aliados aristocráticos, se apoyó por los esfuerzos de Enrique en los elementos populares de la nacion alemana, y Enrique de este modo le devolvió inconscientemente su antiguo carácter democrático. La muerte de Enrique fué la derrota de estos elementos populares é hizo entrar de nuevo á Alemania en la senda del desenvolvimiento aristocrático-feudal.

Por esto la muerte del emperador fué extraordinariamente sentida por las clases bajas del pueblo alemán, siendo Enrique muy compadecido, mientras en el campo del hijo del difunto, alrededor del cual se agrupaban los nobles y eclesiásticos enemigos de Enrique IV, el júbilo causado por este acontecimiento se manifestó con cinismo é intensidad tanto mayores cuanto que con razon se habia apreciado toda la gravedad de la situacion y temido la victoria del emperador y de sus populares aliados. La reaccion feudal y clerical vióse libre de su mas temible adversario y el pueblo lamentó la pérdida de su protector, acaecida en el momento en que mas esperanzas podian tenerse en una completa victoria. Llorando y suspirando agolpóse el pueblo en Lutich alrededor del cadáver del amado emperador y arrancó despues la tierra en que habia reposado, creyendo padosamente que con ella los campos se fertilizarian y producirian mas abundantes cosechas. Los que sin hacer nada habian resultado vencedores no supieron celebrar su triunfo sino interrumpiendo el reposo sepulcral del difunto. En efecto, contra el leal obispo Otberto, que mandó dar sepultura en la catedral al querido emperador, lanzó entredicho el arzobispo de Magdeburgo, que desterró además á aquel obispo, mientras que Enrique V, que despues de muerto su padre no podia combatirle, solicitó de Pascual II que alzara la excomunion que sobre él habia pesado, á fin de que el emperador pudiera ser enterrado en el sepulcro de la familia sálica que existia en Espira, cuya catedral aquel monarca habia venerado en extremo y dotado pródigamente. El cadáver fué, pues, exhumado á los ocho dias y depositado provisionalmente en una capilla no bendecida de una de las islas del Mosa, sin ninguna de las ceremonias religiosas que suelen hacerse en los entierros de las personas mas humildes. Nueve dias despues fué nuevamente conducido, con gran acompañamiento del conmovido pueblo, á la catedral, desde donde por orden de Enrique V fué llevado á Espira para ser solemnemente recibido y enterrado en la tumba de los salios al lado del cadáver de Enrique III. El obispo Gebahrd puso, por este motivo, la catedral en entredicho, y ordenó, imperturbable ante la indignacion del pueblo, que los restos mortales del emperador fuesen de nuevo exhumados y depositados en una capilla lateral no consagrada todavía, donde permanecieron hasta que el hijo vengó violentamente á su padre de la Iglesia y obligó á Pascual II á que le restituyera incondicionalmente todos los derechos por los cuales Enrique IV durante tantos años habia combatido. Libre, por fin, Enrique IV de la excomunion, fué enterrado en 7 de agosto de 1111 con gran pompa, asistiendo al acto su hijo y gran número de príncipes.

#### CAPITULO V

ENRIQUE V Y EL CONCORDATO DE WORMS

(1106-1125)

La muerte de su padre hizo á Enrique V, cuya posicion estaba un tanto comprometida, dueño de la situacion, pues desde el momento en que se presentó aliado con los repre-

sentantes de la jerarquía eclesiástica y como jefe de la nobleza alemana apta para empuñar las armas y ganosa de guerra, los obispos que hasta el último instante se habian mantenido fieles á Enrique IV no tuvieron mas remedio que prestar obediencia al que era jefe reconocido del imperio. Unicamente algunos de los partidarios del padre persistieron en su resistencia, pero pronto sucumbieron ante las fuerzas superiores del joven soberano, cuyo perdon tuvo que comprar á costa de duros sacrificios la misma orgullosa Colonia. Esto no obstante, pronto se vió el rey envuelto en dificultades, pues entre los elementos en que se apoyaba no reinaba la mejor armonía, por la diferencia y aun oposicion de fines que cada uno perseguia. En efecto, mientras el episcopado alemán, cansado en su mayoría de la larga lucha de las investiduras, estaba dispuesto á aceptar el convenio que le dejaba el pleno goce de sus bienes temporales y de su importante posicion y no tenia temor ninguno de dar al imperio, despues de destruidos los abusos que tanto repugnaban á la Iglesia, lo que al imperio correspondia, y mientras por otro lado queria mantener en pié contra las extralimitaciones de la nobleza laica el orden de cosas creado por la tregua de Dios y la paz imperial de 1103, esta nobleza combatia tan laudables esfuerzos y no queria consentir en que se introdujera modificacion alguna que la perjudicara bajo el punto de vista económico, disminuyera su importancia social y acabara con la influencia política que hasta entonces habia ejercido. El partido gregoriano, en cambio, esperaba de Enrique, á quien habia elevado al trono, que satisficiera todas sus exigencias, especialmente el reconocimiento de la prohibicion de las investiduras, que significaba la sumision del Estado á la autoridad pontificia, suponiendo que por el interés de la Iglesia realizaria, como rey, la revolucion contra la cual su padre habia emprendido tan desesperada lucha.

Ninguno de estos partidos vió satisfechas sus esperanzas, á todos les esperaba un gran desencanto, pues el nuevo monarca no habia apelado á toda clase de astucias y violencias, ni procurado destronar á su propio padre, ni pisoteado todo derecho divino y humano para hacerse mero instrumento de uno ú otro partido. El soberano que no habia respetado ni la cabeza de su propio padre, no se sentia dispuesto á tolerar que otra autoridad pusiera límites á su soberanía. Una vez sentado en el trono de su padre, se quitó la máscara que hasta entonces habia llevado y se confesó partidario del sistema político por el cual su padre habia luchado, y del cual habia él hecho el principal fundamento de su rebelion. Al proceder así, lo hizo con toda la ciencia política que ponía á su disposicion lo mismo el arte del disimulo que la violencia despótica, lo propio las halagüeñas y tranquilizadoras palabras que la red de las mas hábiles intrigas. Hízolo tambien con aquella profunda mirada política con que abarcaba clara y seguramente los hechos consumados, y con un valor indomable que en el momento supremo le impulsaba á las empresas mas temerarias. El joven monarca estaba por encima de todo acto de sensibilidad, pues se habia endurecido en las revueltas en que se desarrolló su juventud y era un verdadero déspota que propagaba el terror por doquiera y que ni podia ni queria despertar ni alimentar afecto alguno de simpatía. Sin embargo, preciso es confesar que esta política, inspirada en el mas craso y despótico egoismo y ajustada por completo á los sucesos, era la única que tenia probabilidades de éxito, pues aun prescindiendo de los intereses de la monarquía, á cualquiera de los tres partidos momentáneamente á él unidos que se inclinase Enrique, la consecuencia inmediata habia de ser siempre la desercion de los otros dos y quizás su rebelion abierta. Manteniéndose unido á los tres, dió lugar á que cada uno de ellos concibiera la esperanza de

ver realizadas sus exigencias y podia utilizarlos á todos y aun lanzarlos, cuando conviniera, el uno contra el otro. Así podria conquistar una completa independencia y estar seguro de encontrar, en medio de la situacion desastrosa en que habia comenzado su gobierno, un camino que le condujera á la realizacion de los planes que se habia propuesto.

La que mayor desencanto sufrió fué naturalmente la curia romana. El papa Pascual II celebró, en octubre de 1106, un concilio en Guastala, en el territorio de Matilde de Tuscia, la protectora de la curia, concilio en el cual, además de otros obispos alemanes, se presentó Bruno de Tréveris, el consejero mas influyente de Enrique V. Bruno era portador de un mensaje de Enrique V en el cual, despues de hacer protestas, — que habian de ser sospechosas partiendo de él, — de que queria honrar á la Iglesia como madre y al papa como padre, invitaba á Pascual II á que fuera á Alemania y terminara con su arbitraje la lucha que entre él y los príncipes existia. El monarca ofrecia al papa voluntariamente lo que Enrique IV habia tratado á toda costa de evitar, por considerarlo una humillacion imposible de remediar, no reparando, para ello, en hacer la peregrinacion á Canosa. Pascual II no vió, por el momento, en aquella comunicacion lazo alguno; así es que prometió encontrarse, en noviembre, en Augsburg para ser mediador de paz. Los acuerdos del concilio de Guastala fueron conciliadores: un gran número de los obispos nombrados en tiempo del cisma fueron confirmados, con lo cual se disminuyeron las filas de la oposicion episcopal contra Roma. Pascual II, creyendo poder insistir decididamente en la exigencia principal, renovó en Guastala la prohibicion de las investiduras, sin limitacion ni excepcion alguna en favor de las condiciones especiales del imperio, ante las cuales se habia mostrado dispuesto á hacer algunas concesiones el mismo Gregorio VII en los primeros momentos del conflicto. En aquel tiempo precisamente habia conseguido que Enrique I de Inglaterra y Kalmany de Hungría renunciaran expresamente á la investidura, pero ninguno de estos dos monarcas perdía con ello los bienes y derechos que hubiera perdido el rey alemán á haber hecho igual renuncia. En tales circunstancias era insostenible la falsa apariencia de paz á que parecian dispuestas ambas partes. Lo que se decia acerca de las verdaderas intenciones del monarca, y la excitacion que en Alemania reinaba contra la curia, indujo á Pascual II á suspender el proyectado viaje á Augsburg. El papa tampoco se creyó seguro en Italia, y al decidirse á marchar á Francia dió á esta el papel que el reino franco habia representado en tiempo de Pepino y de Carlomagno é hizo nacer entre los Capetos y Alemania un antagonismo que debia tener posteriormente funestas consecuencias. Seguro en Francia contra todo golpe de mano de Enrique V, invitó á este á que se avistara con él en un concilio que habia de celebrarse en Troyes para entrar en negociaciones. A consecuencia de esta invitacion, presentáronse al papa, en Chalons-sur-Marne, el duque Welfo y el arzobispo Bruno de Tréveris como representantes de Enrique; pero en vez de llegar á entenderse, las negociaciones que se trabaron no hicieron mas que aumentar el antagonismo existente; los emisarios alemanes las rompieron amenazando públicamente con que su soberano sabria conseguir en Roma la resolucion apetecida. El papa, en tanto, prescindiendo de la declaracion hecha por los alemanes, — de que en un sínodo celebrado en Francia ningun acuerdo podia tomar relativo á las cuestiones alemanas, — hizo que los obispos reunidos en Troyes reprodujeran la prohibicion relativa á las investiduras. De suerte que el estado de tirantez era casi el mismo que en tiempo de Enrique IV, con lo cual quedó, aunque tarde, justificada la política de este, pues su mismo hijo que le habia destronado se vió muy



pronto en la necesidad de proceder de la misma manera que su padre había procedido en otro tiempo.

Las asambleas de Chalons y de Troyes no hicieron mas que agravar el conflicto: todos estaban dispuestos á apelar á la violencia, y Enrique V hubiera apelado desde luego á los medios extremos si otros cuidados importantes no hubieran exigido su presencia al Norte de los Alpes. Mientras por muerte de los Billings, que en 1106 se habían extinguido con el duque Magnus, pasaba la Sajonia á poder del rey, que la cedía al leal conde Lotario de Supplinburgo, convirtiéndose de esta suerte de objeto de temores en apoyo de la monarquía sálica, Enrique V tenía que combatir, en 1107, una nueva rebelion en Flandes y se veía obligado en los siguientes años á luchar contra los húngaros (1108), contra los polacos (1109) y contra los bohemios (1110), sin que consiguiera un triunfo decisivo y sin que le fuera dado restablecer la situacion dominadora que, en tiempo de su abuelo, había tenido la Alemania en Oriente. Sin embargo, cuando estas empresas tuvieron un término, por lo menos provisional, el rey dedicó sus cuidados al Sur. Su casamiento con Matilde, hija de Enrique I de Inglaterra, que contaba ocho años, le valió una alianza que le ofrecía grandes horizontes asegurándole un apoyo contra la union de Francia y el pontificado. Con general júbilo fué acogida la manifestacion del monarca al anunciar en enero de 1110 en Ratisbona su expedicion á Roma. Todo el mundo rivalizó en hacer los preparativos necesarios, y los que no quisieron tomar parte en la empresa fueron considerados como poco dignos. A los millares de guerreros que, á consecuencia de los esfuerzos pacificadores de Enrique IV, se veían condenados á permanecer en la inaccion y sumidos en parte en una situacion aflictiva, se les proporcionaba una guerra alegre y rica en aventuras, en victorias y en botin; y á estos deseos generales de lucha contribuyó también en gran parte el descontento que la parte belicosa de la nacion alemana sentía desde hacia mucho tiempo contra la curia romana. Desde tiempo inmemorial no se había visto reunido en Alemania un ejército tan fuerte ni tan bien armado como el que se puso entonces en movimiento contra Roma. Con 30,000 hombres pasó Enrique V el gran San Bernardo, mientras el duque de Bohemia, Bretislao, marchaba con numerosas fuerzas por el Brenner para reunirse con él. Teníase la seguridad de que Enrique V haría uso implacable de sus fuerzas y que al encontrarse en los alrededores de Roma no procedería con los miramientos y vacilaciones con que su padre, por desgracia suya, había procedido. La mano férrea que había logrado sujetar la excitada oposicion de los príncipes estaba, de antemano, segura de triunfar de la tan fraccionada confederacion romana. Sobre este particular tampoco se hacían ilusiones en Roma, á donde había regresado Pascual II, á fines de 1107, para verse nuevamente obligado á huir á Benevento, á consecuencia de una sublevacion poco despues acaecida en aquella capital. Las altanerías frases de Chalons y de Troyes no eran á la sazón oportunas; así es que el papa declaró á una nueva embajada que le envió el rey, que estaba dispuesto á ceñir la corona imperial «al hijo de la Iglesia.» La favorable acogida que á los emisarios de Enrique se dispensó en la Alta Italia y en la Italia Central hizo sin duda temer á Pascual II que en el momento decisivo no encontraría mano alguna que le protegiera.

En efecto, cuando Enrique se presentó en la Lombardía todos le prestaron absoluta obediencia, pues las fuerzas con que contaba hacían inútil toda tentativa de resistencia, como lo demostraba la funesta suerte que por su desobediencia sufrió Novara. Ante este ejemplo, sometieron Pavía, Milan y también Piacenza, residencia entonces de los Pataria. Cuan-

do, despues de esto, Enrique estableció su campamento en los vecinos campos de Roncali y llamó á su servicio á todos los vasallos del imperio con sus feudatarios y siervos, nadie se atrevió á desobedecer el llamamiento y la misma marquesa tuscia, Matilde, se presentó, prestó el exigido homenaje y solamente suplicó que se le dispensara de proporcionar sus tropas para la expedicion contra Roma. Gran impresion produjo en amigos y adversarios el ver que la amiga de Gregorio VII, la famosa protectora de la Iglesia, abandonaba el pontificado á su propia suerte y se contentaba con mantenerse en una ambigua neutralidad. Enrique era señor de Italia como apenas lo había sido ninguno de sus antecesores cuando en 1110 atravesó los Apeninos y por el camino de Pisa y de Florencia se dirigió á Arezzo, aproximándose á la ciudad eterna. Precedieronle sus emisarios para hacer con Pascual II las estipulaciones necesarias, mientras él se acercaba lentamente á Roma y establecía su campamento en Sutri, distante dos días de esta ciudad.

La situacion de las dos partes era muy desigual: los temores del papa parecían confirmarse, pues se entregaba indefenso en manos del monarca alemán. Nada había que esperar de la clase media ni de la nobleza de Roma, ni de los normandos: toda idea de resistencia era, pues, absurda. Si Enrique llegaba á exigir el reconocimiento del derecho de las investiduras en favor del rey alemán, combatido durante tanto tiempo por la Iglesia, ¿cómo negárselo? Tal concesion equivalía, sin embargo, á la mas lamentable abdicacion del pontificado jerárquico y era la condenacion mas absoluta del gregoriano y de sus principios; era en fin para la Iglesia una derrota de la cual nunca hubiera podido rehacerse. En tan desesperada situacion, andaban completamente divididas las opiniones en el consejo del papa. Ya no se hablaba de conseguir una estricta observancia del programa gregoriano; ¿cómo hubiera podido presentarse al rey, que con un ejército que le hacía dueño de Roma se encontraba á algunas horas de distancia, la arrogante pretension de que renunciara al derecho de las investiduras y se sometiera á los mandatos de Gregorio y de Urbano? Entonces dejaron oír con mayor energía su voz los hombres que, partidarios entusiastas de las reformas cluniacenses, tuvieron el valor de llevar á la práctica las últimas consecuencias de sus principios. Como era incompatible con el honor y con la dignidad de la Iglesia servir á un señor laico á cambio de bienes y de derechos y como no podía exigirse la exencion de estos servicios, no quedaba mas posibilidad de resolver el conflicto que haciendo que la Iglesia renunciara á la adquisicion de bienes y derechos terrenales, librándose así de toda dependencia de la monarquía. Esta pretension no era nueva: en este sentido había discutido Pedro Damian contra Hildebrando, combatiendo la mundanizacion en que la Iglesia había de verse sumida á consecuencia de la política del papa. En ningun tiempo habían faltado hombres piadosos y entusiastas que atribuían la decadencia de la Iglesia á la posesion de bienes, que la apartaba de su verdadera mision; y apoyándose en el ejemplo del Salvador y de los Apóstoles, habían querido hacer volver á la Iglesia á los preceptos de la pobreza apostólica y habían sido por ello perseguidos como herejes. Pero en vista de la desesperada situacion en que la curia romana se encontraba, Pascual II aceptó esta doctrina de los exaltados *herejes*, y como no podía obligar á Enrique á que renunciara al derecho de las investiduras, ni le era dado reconocer este derecho en el monarca, apeló á un subterfugio que podía ser atendido en una discusion lógica y puramente teórica del problema, pero de cuya imposibilidad práctica las dos partes estaban desde un principio convencidas. La renuncia de bienes y derechos terrenales

que en su entrevista con los emisarios de Enrique se mostró dispuesto á hacer Pascual II, imponía á los obispos alemanes un sacrificio, en el cual estos nunca hubieran consentido voluntariamente. ¿Era el papa suficientemente fuerte para lograr que fuera obedecida su voluntad? En los bienes terrenales de la Iglesia alemana no estaban solamente interesados el rey y la Iglesia, pues tenían también innegable importancia para los príncipes laicos y para la nobleza seglar, á quienes habían sido dados en su mayor parte en feudo á cambio de los servicios que al feudo iban anejos, y cuya fortuna, poder y posicion social dependían de la conservacion de este estado de cosas. Podía, pues, tenerse la seguridad de que los obispos alemanes tendrían en la nobleza y en los príncipes de su país un poderoso apoyo contra el orden de cosas que pensaba introducir Pascual II.

Apenas puede comprenderse que Pascual II creyera seriamente en la posibilidad de llevar á cabo lo que estaba á punto de convenir: esto lo hubiera podido imaginar un idealista, uno de los panegiristas de la pobreza apostólica, pero no un hombre que hasta entonces había mantenido con energía las doctrinas de Gregorio VII y de Urbano II, y que había visto en la investidura de los laicos un sacrilegio atentado contra los sagrados derechos de la Iglesia. Tal resolucion hubiera tenido valor é importancia y podido formar época en el desenvolvimiento de la Iglesia y del clero si hubiese sido adoptada en un momento de gran reaccion moral en que hubiesen imperado los deseos de volver á ideales durante barto tiempo olvidados; pero á la sazón, tomada como medio de salir de la desesperada situacion creada por las propias culpas de la Iglesia, tenía contra sí la presuncion de que no había de cumplirse y parecía obra de una ilusion á sabiendas forjada. Por otra parte, á la primera ocasion favorable habrían podido destruirse las ventajas que entonces se concedían al invencible poder del adversario. Los emisarios del rey lo comprendieron así é hicieron notar á Pascual II que le sería imposible cumplir sus promesas. Lo mismo pensaba Enrique V; así es que adoptó las medidas necesarias para, en el momento en que la Iglesia,—especialmente la alemana,—desobedeciendo al papa se negara á renunciar, como se le exigía, á las regalías, obligar al pontífice á seguir el único camino que le quedaba, cual era el de concederle á él y á sus sucesores, sin reserva alguna, el derecho de las investiduras. Bajo este punto de vista, concedióse poca importancia práctica al tratado que en 4 de febrero de 1111 firmaron los plenipotenciarios de ambas partes, y en el cual el rey prometía renunciar á la investidura y el papa ofreció la devolucion de las regalías, devolucion á la que podían ser obligados los obispos, en caso necesario, bajo pena de excomunion. De esta devolucion solo quedaban excluidos los bienes que inmediatamente poseía la Iglesia, es decir, los que no había recibido del imperio, tales como los muebles, oblaciones, diezmos y todas las donaciones particulares. Esto hubiera distado mucho de ser la pobreza apostólica, pero con ello los obispos hubieran perdido irremisiblemente el carácter de príncipes laicos que tenían. Esto significaba una aproximacion de los dos partidos; pues hasta entonces los bienes que inmediatamente pertenecían á la Iglesia habían sido pretendidos por los representantes de las doctrinas imperialistas como feudos correspondientes al imperio. Esta aproximacion, sin embargo, no era favorable para la paz. Hasta qué punto desconfiaban unos de otros y cuál era el temor que cada uno sentía de verse engañado por el otro, nos lo demuestran las sentenciosas formalidades con que se procuró asegurar, con solemnes juramentos y garantías, la ejecucion del tratado firmado, formulándose y estableciéndose, conforme al convenio, hasta en sus mas pequeños detalles, el orden en que

habían de realizarse cada uno de los actos de las respectivas renunciaciones. El día 9 de febrero se prestaron los juramentos é inmediatamente Enrique salió de Sutri: el día 11 acampó en Monte Mario y en los prados Neronianos, para recibir el día 12 la corona imperial, segun disponía el tratado.

Las cosas, sin embargo, tomaron desde un principio un sesgo que hacía prever un desastre. Los romanos desconfiaron de Enrique porque había prestado en el ininteligible idioma alemán el juramento por el cual se obligaba á guardar los privilegios usuales de la ciudad: parecía que Roma é Italia iban á ser tratadas como territorios conquistados que habían perdido sus derechos nacionales. Enrique, por su parte, acusaba á los romanos de abrigar designios traidores y manifestó que no entraría en San Pedro hasta que estuviera completamente seguro por medio de la ocupacion de la iglesia y de sus alrededores por tropas alemanas. Pascual II toleró esta imposicion, con lo cual se encontró por completo en poder de los alemanes. Entonces comenzaron las minuciosas solemnidades que debían terminar con la coronacion imperial. Al principio todo fué bien; la segunda parte de la ceremonia había ya comenzado: Enrique V se encontraba sentado al lado del papa en el trono preparado en el centro del templo en la losa de pórfido que estaba en el suelo y en la cual, segun antiguo uso, debía rezarse la segunda oracion sobre el que iba á ser coronado. Allí debían ser leídos, en virtud del tratado firmado, los documentos por los cuales, fundándose en las inteligencias en Sutri convenidas, debía terminar la lucha entre el Estado y la Iglesia. La declaracion pontificia causó, al parecer, profunda sorpresa á los que allí estaban congregados. Además del párrafo en que se prohibía, por mandato divino y precepto canónico, ocuparse en asuntos terrenales, decía Pascual II que en el reino de Enrique los obispos y los abades estaban tan envueltos en ellos que tenían que prestar servicios militares, en los cuales difícilmente podían evitarse el robo, la profanacion de templos, el incendio y la muerte; que los siervos del altar se habían hecho servidores de la corte, por haber recibido de los reyes ciudades, ducados, marquesados, palacios, derecho de acuñar moneda y otras cosas que el servicio del reino traía consigo; que de ello se había originado el intolerable abuso de que ningun obispo fuera consagrado sin haber antes recibido la investidura del monarca; y que consecuencia de todo era la introduccion de los abusos simoniacos. Añadía que esto había inducido á Gregorio VII y á Urbano II á proceder contra la simonía y á prohibir las investiduras; que una vez prometido por Enrique el reconocimiento de los bienes inmediatos de la Iglesia, y para que los obispos, libres de todo terrenal cuidado, pudiesen vivir exclusivamente en las diócesis que les habían sido confiadas y no tuviesen que apartarse de sus iglesias, él devolvía al imperio todas las regalías que la Iglesia había poseído desde los tiempos de Carlomagno, Luis, Enrique y otros soberanos, prohibía bajo pena de excomunion á todos los obispos y abades apropiarse en lo sucesivo tales regalías y pretender ciudades, ducados, condados, derechos de moneda, de aduanas y de mercados, bailiats, etc., que evidentemente pertenecían al imperio; y terminaba diciendo que sus sucesores no podrían reclamar lo que entonces al imperio se cedía.

Este discurso fué acogido con muestras de indignacion: los obispos negaron su obediencia é hicieron notar la extraña lógica del decreto pontificio, que les arrebataba á ellos las regalías mientras por otro lado confirmaba la soberanía papal sobre Roma, quedando por lo mismo el obispado romano fuera de la ley que había de regir para toda la Iglesia. Los príncipes y los caballeros prurrieron en amenazadoras exclamaciones, pues al perder la Iglesia los feudos im-